

La Asociación de Belenistas de Pamplona retomó en septiembre los cursos iniciados en febrero e interrumpidos en marzo en los distintos niveles. 70 personas, de diversas edades y perfiles profesionales, se afanan con la Navidad en puertas

Los belenistas apuran el final de curso



Alumnos de uno de los grupos de primer nivel, con sus belenes, el viernes por la tarde.

JOSÉ ANTONIO GOÑI

PILAR FDEZ. LARREA
Pamplona

SETENTA personas iniciaron en febrero los cursos de la Asociación de Belenistas de Pamplona. Apenas pudieron acariciar el poyespán. El 11 de marzo, con la covid-19 llamando a la puerta, el local de la calle doctor Juaristi se cerró a cal y canto. En septiembre retomaron las clases, en formatos pequeños y con la holgura que proporciona la dimensión de la sede, en la vaciada antigua parroquia de San Jorge. Estos días, los avezados alumnos apuran para poder acabar sus creaciones porque la que ahora llama a la puerta es la Navidad. Y a esta, hay que dejarla pasar.

Viernes por la tarde, con la semana echada y una tarde de viento sur, agradable para exprimir la calle, una decena de personas se afana en la sede de la Asociación de Belenistas. Siete son alumnos de primer nivel, de uno de los cursos que cada año ofrece la entidad. Con ellos, el presidente y en este caso tam-

bién monitor, Pedro Javier Martínez, Pedroja. En el otro extremo de la nave trabajan algunos belenistas, cirugía fina en el secreto mejor guardado, el naci-

miento que instalarán en el zaguán del Ayuntamiento de Pamplona y que este año recrea otro enclave emblemático del Casco Viejo. Pedroja Martínez es un

hombre afable, cara de buena gente que sonríe cuando los alumnos bromean y le dicen que ellos lo que querían era montar un río en el belén. El buen am-



Iñaki Moriyón Alonso, médico y alumno de primer nivel, concentrado en su belén.

JOSÉ ANTONIO GOÑI

Ayuda virtual a la compañera de Refena

“Mira, este alumno ayuda a una alumna virtual que tenemos. Ella trabaja en Refena, en turnos de doce horas, y tuvo que dejar el curso presencial, él se apaña con la tecnología, le pasa fotos, una especie de tutorial y ella avanza el belén en casa, con el material que le llevan los compañeros”. Desvelan la historia Pedroja Martínez y José Mari Redín. Hablan de Iñaki Moriyón Alonso, médico de 42 años, que parece el perejil de la salsa en el curso de los belenistas de primer nivel. Toma el pelo al monitor y éste se deja querer. “Sí, bueno, este es el primer curso covid, así que a mi compañera le paso fotografías y ella avanza en casa”, explica Iñaki. Le gustaba hacer maquetas y era asiduo de las exposiciones de los belenistas. “Decía que me apuntaría a un curso y nunca lo hacía. El año pasado, el único que no fui a la exposición, me apuntó mi mujer y aquí estoy”, resume su periplo. Pero no se matriculó solo, llevó al curso a su cuñado y a varios compañeros de Osasunbidea. Confía en que sus tres hijos den un aprobado a su belén, aunque tal vez esta página haga de spoiler.



Lorena Unapucha acude al curso como terapia.

JOSÉ ANTONIO GOÑI

biente fluye a bote pronto en grupos que resultan a veces heterogéneos y otras no tanto. En el del viernes, buena parte son compañeros de Osasunbidea, sanitarios concentrados en el trabajo artesano que a buen seguro es un bálsamo en un entorno laboral prisionero de la covid.

“La mayoría de los alumnos son más jóvenes que los belenistas habituales porque ellos tienen otras obligaciones familiares y laborales y muchos de nosotros estamos jubilados, no todos”, describe Pedroja Martínez. La procedencia también es diversa. “No solo de Pamplona, que va, vienen de muchos pueblos y este año teníamos una alumna de San Sebastián, todas las semanas, pero el cierre perimetral interrumpió sus viajes y lo ha tenido que dejar”, apunta otro caso.

Explica el monitor que todos parten de la misma base y de idénticos materiales, pero luego el resultado es diferente. De algún modo, cada uno le aporta su personalidad.

Hay cursos todos los días de la semana, excepto el jueves y el domingo. En principio acabarían en dos semanas, pero el calendario se vino abajo y plantean añadir alguna sesión más. “Al finalizar les entregamos un diploma y otros años preparábamos un aperitivo y venían sus familias, los hijos... No podrá ser, pero habrá diploma”, sostiene el presidente, entre sonrisas cómplices de los alumnos, que apenas levantan la cabeza del portal. “Queremos más clases, nos habéis roto el turno dos veces”, siguen de broma. De fondo, descansan los belenes que este año irán a la exposición de Baluarte. Abrirá el 2 de diciembre.

Las clases como terapia

Lorena Unapucha, 40 años, trabaja en silencio, se intuye una sonrisa dulce a través de la mascarilla. “Me apunté al curso porque me sirve de terapia, es más que todo terapéutico para mi dolencia”, explica que lleva una válvula en el cerebro desde 2005, tras un accidente cerebral que le dejó varias secuelas, entre ellas una visión doble y una memoria solo a corto y a medio plazo. “Este tipo de actividad me viene muy bien para trabajarla, me lo aconsejó la neuropsicóloga”, sostiene sin dejar el pincel. “Aunque, bueno, pregunto algo a Pedroja y al momento se me ha olvidado y tengo que volver a preguntarle, es un ejercicio para mí y estoy muy contenta y motivada”, explica esta vecina de San Jorge, que también es catequista en la parroquia del barrio. “Vine de Ecuador a Navarra en 2000, estuvimos tres años en Funes y luego a Pamplona, enséñame a encontrar trabajo de camarera cerca de donde vivo ahora, pero luego lo tuve que dejar”, apuntala su historia.